

Opinión

Siete ejes para la estrategia empresarial en 2020 y 2021

José María Romero Vera/
Marta Otero Moreno

La percepción general sobre la situación de la economía española se ha vuelto más pesimista en los últimos meses. Así lo pone de manifiesto el menor nivel de confianza de las familias, que medido a través del Indicador de Confianza del Consumidor ha mostrado en los últimos meses las cotas más bajas en los últimos cinco años, así como el interés por las búsquedas en Google de términos asociados a contextos económicos desfavorables, como “crisis” o “despido”. A ello han contribuido elementos externos como la guerra comercial y el Brexit, pero también internos, como la falta de Gobierno estable y la situación en Cataluña. Es cierto que la desaceleración de la economía española es mayor de lo que se estaba estimando a mediados de año; sin embargo, la producción agregada sigue creciendo, con un incremento interanual del PIB en torno al 2%, y lo hace claramente por encima de la media europea.

En este contexto, estimamos que el PIB español crezca el 2% en 2019, el 1,8% en 2020 y el 1,5% en 2021, bajo un estricto y teórico condicionante de mantenimiento constante de la política económica. Tras las elecciones generales del pasado 10 de noviembre y la investidura de Pedro Sánchez, hemos conocido los planes económicos del próximo gobierno, que ya de por sí generan expectativas en los mercados e impactan en las decisiones empresariales y familiares y, por tanto, en el conjunto de la economía. No obstante, para analizar con la necesaria profundidad los efectos económicos habrá que esperar hasta que sean una realidad y se plasmen en las próximas semanas y meses en medidas concretas de política económica, fiscal y presupuestaria.

Mientras tanto, las empresas vienen incorporando la mayor incertidumbre a la que se enfrenta el discurrir de la política económica en sus modelos de negocio y sus respectivos planes de contingencia. Con la necesaria cautela para poder afrontarla, se trata de posicionarse en base a las previsiones actuales y las certidumbres que existen en el marco económico. En este sentido, destacamos a continuación siete ejes, con el objetivo de contribuir a la adaptación de la estrategia empresarial a la situación económica actual.

En primer lugar, como ya hemos apuntado, el escenario base para los dos próximos años es de crecimiento de la demanda. Si bien hay que asumir también que nos encontramos en una fase de desaceleración, por lo que resulta asimismo esencial replantearse la estructura de costes, márgenes y financiación.

En segundo lugar, el consumo seguirá creciendo. Por un lado, el gasto de los hogares continuará arrojando tasas positivas, aunque menores que en años pasados. Existen además determinadas pautas que continuarán modelándolo en los dos próximos años, de carácter fundamentalmente económico, demográfico, digital y generacional, que habrá que tener en cuenta, siendo escaso el margen para subir precios de forma general. Por otro lado, también el consumo público mantendrá su tendencia creciente.

En tercer lugar, los tipos de interés seguirán en niveles reducidos por un periodo prolongado de tiempo. En este sentido, sigue siendo un buen momento para impulsar las inversiones necesarias a largo plazo. Los aspectos medioambientales van a cobrar mayor protagonismo en las condiciones de acceso a la financiación. Por otro lado, el dilatado contexto de bajos tipos de interés conduce a la intensificación de búsqueda de la rentabilidad empresarial, aunque se constata la necesidad de que la estrategia equilibre rentabilidad y la cobertura del riesgo.

Simplificar estructuras empresariales

En cuarto lugar, en un contexto de tipos de interés e inflación reducidos, la fiscalidad toma mayor importancia en la estructuración de los proyectos empresariales. Dado que la tributación es una de las cuestiones que se ve afectada por una mayor incertidumbre derivada de la futura política económica, podría resultar positiva la simplificación de estructuras empresariales.

En quinto lugar, frente a la disrupción tecnológica y la situación en el ciclo económico, resulta clave contar con unos recursos humanos capaces de atraer y retener a los mejores, y que permitan la adaptación al continuo cambio. Las empresas han de plantearse también si cuentan con los perfiles de Recursos Humanos que van a necesitar en el medio plazo.

En sexto lugar, dada la significativa presencia de las micropymes en la economía española, sería deseable impulsar los mecanismos de cooperación empresarial y mantener la apuesta por los mercados exteriores, que tan buenos resultados ha dado en los últimos años.

En séptimo y último lugar, en un entorno de mayor incertidumbre las empresas han de revisar con regularidad los diferentes escenarios de actividad y monitorizar atentamente los indicadores económicos para, de esta forma, poder fundamentar la estrategia en el medio plazo y preparar planes de contingencia en caso de materialización de determinados riesgos. Asegurar estrategias alternativas antes de que se materialicen tales riesgos permite mitigar antes sus efectos y adaptarse mejor al nuevo entorno.

Al igual que en la empresa, donde la implementación y el diseño de una estrategia adecuada resulta fundamental para potenciar o garantizar el crecimiento a medio plazo, a nivel agregado, el diseño de las políticas económicas y los mensajes emitidos por parte del nuevo Gobierno jugarán un papel determinante. Las reformas bien trazadas e implementadas podrían permitir el alargamiento del ciclo actual y del periodo de expansión, mientras que un diseño erróneo de las mismas o la adopción de contrarreformas que lastrasen la competitividad de la economía española llevarían a que la economía española se enfrentase a una corrección más abrupta. Esto es aún más importante cuando la percepción general, más pesimista, dista de la fotografía actual más positiva que ofrecen los datos y los fundamentos económicos, ya que, de mantenerse en el tiempo, acaba impactando seriamente en la actividad.

Director del área económica
y economista sénior en
Equipo Económico

Pedro Sánchez y Pablo Iglesias se felicitan tras la investidura del primero, este martes en el Congreso.

El intento de aniquilar la Transición

José María
Rotellar

En el artículo anterior, analizábamos las consecuencias económicas de la llegada al Gobierno de un nuevo Frente Popular, con ministros comunistas por primera vez desde la Guerra Civil –la primera y la única–, y dejábamos para un posterior análisis lo que eso implicaba en todos los órdenes. Vamos a ello.

La sesión de investidura de Pedro Sánchez fue una de las páginas más tristes y execrables de la historia de España, pues vimos cómo el presidente Sánchez anteponía su propio interés personal al interés general de España, al pactar con quienes se declaran enemigos de la nación, como todos los partidos independentistas, incluyendo el antiguo brazo político de ETA, o enemigos del régimen de 1978, pues contra la Constitución y contra el Rey se ha manifestado Podemos en múltiples ocasiones. En la vida no vale todo para conseguir un objetivo, pero parece que Sánchez es más de la opinión de que el fin justifica los medios, y esos medios no han sido otros que introducir el comunismo en el Gobierno y aceptar las abstenciones independentistas y del partido de Otegui para ser elegido presidente. Tenía otras opciones, pero no ha querido explorarlas, él sabrá los motivos.

Sánchez, que después de que lo echasen de su partido en octubre de 2016 por intentar formar un gobierno como el que ahora va a haber prometió en múltiples ocasiones que no pactaría ni con comunistas ni con independentistas –la última ocasión, en la campaña electoral de noviembre–, ahora se pliega a todo tipo de exigencias para ser investido. Y eso es tristísimo, porque es el presidente del Gobierno de todos los españoles, y es doloroso ver cómo quien se sienta en la cabecera del banco azul no mantiene la dignidad del cargo con el que representa a todos los españoles, con independencia que le hayan votado o no. El cargo está por encima de la persona, y con su actitud Sánchez está mermando la relevancia y la dignidad de la Presidencia del Gobierno.

El presidente del Gobierno está para formar un Gobierno, gobernar e intentar hacer mejor la vida de sus conciudadanos. Gobernará desde su punto de vista, y unos pensarán que está más acertado y otros que lo hace de manera equivocada, pero ha de gobernar para todos y ha de de-

fender a las instituciones del Estado, empezando por el Rey, y al ordenamiento jurídico, empezando por la Constitución. Sin embargo, Sánchez no lo ha hecho.

Los silencios de Sánchez

Sánchez ha callado cuando Rufián contaba que el contenido de la mesa de diálogo que el PSOE ha aceptado que se forme entre el Gobierno regional catalán y el Gobierno de la nación incluía hablar sobre autodeterminación, sobre la celebración de un referéndum y sobre la amnistía a los condenados por sedición en el intento de golpe de Estado, entre otras cuestiones.

Sánchez ha callado cuando la portavoz del partido de Otegui atacó al Rey y a la Constitución de manera vergonzosa. Ni Batet llamó al orden a la diputada ni Sánchez defendió al Rey, la Constitución y a nuestra monarquía parlamentaria.

Sánchez ha callado cuando los independentistas y sus socios de Podemos critican a la Justicia por la inhabilitación de Torra y de Junqueras, y en lugar de salir a defenderla dice que hay que superar la deriva judicial, y reprende al centro-

derecha por buscar impedimentos judiciales y extrajudiciales para que se forme ese gobierno, enfadado por la inhabilitación de Torra y Junqueras.

Sánchez ha llegado a aceptar hablar de conflicto político en Cataluña, cuando lo que allí se produjo fue un intento de golpe de Estado al saltarse todo el ordenamiento jurídico para proclamar una república en Cataluña.

Y Sánchez ha consentido, cuando no ha incitado él mismo, feroces ataques contra los partidos de centroderecha, que podrían haber sido su tabla de salvación para gobernar moderadamente, pero que él rechazó desde el principio al buscar con urgencia a Podemos y los independentistas. Hemos oído cosas tremendas en el pleno de investidura, con un odio cainita –camino del mismo odio que terminó alimentando la II República– desde los bancos del Gobierno, su grupo y sus socios –internos y externos–.

En definitiva, el PSOE ha enterrado el partido socialdemócrata que fue, que gobernó en España con el presidente González durante casi catorce años con sus aciertos y sus errores, y se ha aliado con quienes intentan aniquilar la Transición y la Monarquía parlamentaria. Esto, además de ser muy triste, puede poner en serio riesgo a España, a su economía y a su futuro. Esperemos que el PSOE recapacite y frene esta deriva peligrosa.

Profesor en la UFV